

LA FAMILIA COMO TRANSMISORA DE CULTURA
(CONF. 20 DE JUNIO DE 1986, LUJÁN-CONGRESO NO-NA-DE-FA)

POR

ALFREDO DI PIETRO

Catedrático de Derecho Romano de la Universidad Católica
de Buenos Aires.

1. Comenzaré con unas palabras de Su Santidad Juan Pablo II, pronunciadas en ocasión de su visita a la Diócesis de Roma (*L'Osservatore Romano*, núm. 50 (519), domingo 10 de diciembre de 1978): «Digo a todos los esposos y padres, jóvenes y mayores: Daos las manos, como hicisteis el día de vuestra boda, al recibir gozosamente el Sacramento del Matrimonio. Imaginaos que vuestro Obispo os pide hoy, otra vez, el consentimiento, y que vosotros, pronunciáis como entonces las palabras de la promesa matrimonial, el juramento de vuestro matrimonio».

«¿Sabéis por qué os lo recuerdo? Porque de la observancia de estos compromisos depende la «Iglesia Doméstica», la calidad y santidad de la familia, la educación de vuestros hijos. Todo esto, Cristo os lo ha confiado, queridos esposos, el día en que, mediante el ministerio del sacerdote, unió para siempre vuestras vidas, en el momento en que pronunciasteis las palabras que no debéis olvidar jamás: «hasta la muerte». Si las recordáis, si las observáis, mis queridos hermanos y hermanas, también sois apóstoles de Cristo y contribuís a la obra de salvación (confr. *Lumen gentium*, 35-41- *Gaudium et spes*, 52)».

«Daos las manos», dice el Santo Padre. El «darse las manos» es un acto de confianza y la forma simbólica de la entrega mutua. Cuando «damos la mano» a un amigo, le entregamos nuestra amistad. Lo cual puede ser mucho. Pero, mucho más es lo

que significa la entrega mutua y total que el esposo hace respecto de la esposa. Y viceversa. Es la dación ilimitada y gratuita, tanto del cuerpo como del alma y el espíritu. El Matrimonio, pues, consagra el acto fundacional de una familia. Como acabamos de oírlo, la familia es la «Iglesia Doméstica» que ha sido confiada por Cristo a los esposos. Ello ocurre en forma perenne «hasta la muerte», para la «calidad y santidad» de la familia. No es sólo una alianza entre el esposo y la esposa, sino también entre el padre y la madre respecto de sus hijos, y de éstos respecto de aquéllos. Todos, en conjunto, integran esto que es la «Iglesia Doméstica». Dentro de esta pequeña comunidad, cada uno tiene su rol y cumple su función. Todo esto está orientado a la «obra de salvación». Pero para poder lograrla hay pasos intermedios que recorrer. En este orden de cosas, la principal tarea que hace al padre y a la madre, fuera de la subsistencia material que asegure el orden digno de la existencia, está representada por la atención del espíritu de los hijos. Este deber se llama «educación».

2. Por lo que hemos dicho, se puede comprender que el «educar» corresponde en forma propia y eminente a la «familia». Así, resulta innegable que cada uno de nosotros puede disponer de aquello que sea necesario para poder realizar la labor personal de la «cultura». Del mismo modo corresponde que lo hagamos respecto de nuestros hijos. Ellos son nuestra prolongación en el espacio y en el tiempo. Por lo tanto, tenemos no sólo el derecho, sino lo que es más importante, el deber, y aun la tremenda responsabilidad de hacer todo lo necesario, no solamente para que se sientan «educados», sino, además, para que tengan la capacidad propia e intransferible de poder ejercitar la *cultura animi*, es decir, de poder «cultivar» lo más pródiga y fecundamente que se pueda, el campo de sus espíritus.

En algún momento pudo haber existido alguna peregrina idea acerca de que pretender «educar» a los «hijos», esto es, «con-formarlos» y «modelarlos» espiritualmente, podría significar algo así como un avasallamiento de sus personalidades. Se

sostendría, en tal sentido, que todo niño, por el hecho de ser tal, es por naturaleza necesariamente bueno y capaz de desarrollar *per se*, sin ayudas ni influencias extrañas, sus propias condiciones espirituales. Tendría un «derecho humano» de dejársele crecer libremente, sin siquiera tratar de inducirle ninguna influencia. Una idea semejante no solamente es errónea, sino, además, fruto de una utopía. Toda utopía parte de una irrealidad. Y, acá, lo irreal es pensar que, basados en el abstracto dogma de la libertad, cada uno puede y, debe, como las plantas silvestres, crecer y vivir sin guías ni dirección.

Pero ocurre que ni siquiera entre los animales nos podríamos encontrar con una experiencia semejante. La «mamá leona» protege a sus cachorros y les enseña a manejar su vida instintiva. Así, primero a comer y a permanecer junto a ella dentro de la caverna; luego, a que la acompañen en la búsqueda de presas; a cómo aprovechar las ocasiones favorables y, también, cómo evitar los peligros. Cómo buscar un lugar para guarecerse de las inclemencias del tiempo, o cómo saber otear el viento para lograr su ubicación en el medio ambiente. En una palabra, los «educa», los ejercita a manejar su instinto, o dicho de otra manera, les enseña a vivir. Si, hipotéticamente, viniera un león «utopista», cosa por demás imposible, puesto que los leones son «irracionales», pero no son «tontos», que sostuviera lo erróneo de semejante conducta de «adoctrinamiento», que avasallaría la libertad de los cachorros y propugnara que habría que dejarlos librados enteramente a su propio arbitrio, sin indicación alguna, no me cabe ninguna duda que ello no hubiera sido, precisamente, del agrado de «mamá leona», quien mostraría sus garras y defendería con sus filos lo que es su «familia».

De todo esto podríamos sacar una primera conclusión: los padres, según lo enseña la misma naturaleza, son los que, en forma primordial pueden y deben educar a sus hijos. Si los animales se preocupan, por instinto, de enseñar a sus pequeños los datos y hábitos primigenios, en el caso de los humanos el problema se complica y se agudiza. En efecto, como seres racionales que son los hijos, la educación conforma no sólo los hábitos del

cuerpo, sino, además, la preparación del alma y el descubrimiento del espíritu. Esto es lo esencial. Y, como he dicho, no sólo es un derecho, sino, además, un deber y una responsabilidad. Si «mamá leona» ha querido «educar» el instinto, aprovechando el tiempo de su muy primera edad y, luego de «educarlos» así, los abandona, ello es porque tal es el comportamiento animal. En cambio, respecto de los niños, lo que se «educa» es el espíritu, y ello no se logra en breve tiempo. Transgredir este imperativo tiene también su pena: si nosotros no educamos a nuestros hijos, y los habilitamos para la labor cultural, otros serán los que se encarguen de hacerlo. Y la vigencia de esta ley parece algo inexorable.

3. Pero..., ¿cómo se hace para educar? La pregunta es generalmente muy repetida. Cuando encontramos una familia cuyos hijos no solamente son buenos, sino que además denotan que han sabido desarrollar sus aptitudes espirituales, intelectuales o artísticas, parece surgir la pregunta: «¿cómo han hecho?». Cuando uno ve que esos niños, a medida que crecen han sabido moverse en la vida y, lo que es más importante, han ejercitado la experiencia de lo divino, la pregunta del extraño parece imponerse: «¿cómo lo han hecho?».

Esto resulta explicable. Dentro de lo azaroso y trajinante de la vida diaria actual uno se percata de que apenas si alcanza el tiempo para vivir, cuando no, apenas subsistir, abocados como están los padres para poder mantener, dos o más empleos. ¿Cómo es posible, en estas circunstancias que parecen irreversibles del mundo actual, hallar, no ya la vía adecuada de educar a los hijos, sino la oportunidad para que ello ocurra? Si al habitante de nuestra jungla de asfalto, luego de haberse vaciado de fuerzas, apenas si transcurre, muchas veces por la noche, el umbral de su casa para poder hallar el momento de un cierto descanso, por demás momentáneo, que obra generalmente como un pequeño recreo, ¿cómo, aparte de ello, podrá educar a sus hijos?

Primero, entendámonos sobre el significado de lo que es el «educar». Se podría inteligir como la tarea de «instruir», en

los conocimientos, a los hijos. Dado que, como hemos dicho, la educación corresponde, en principio, a los padres, de lo cual cabe deducir que, si el Estado educa, lo es solamente en forma subsidiaria, parecería que lo que deben hacer los progenitores es adelantarse a la educación estatal, pero, manejándose en la misma frecuencia de onda de lo que hará el maestro. Y, con mencionar este aspecto del tema, casi estoy lindando con el problema de la «educación» primaria, secundaria y, aún universitaria. Pero no es este el momento de plantearse cuál es el papel del «maestro» en su labor dentro de la escuela.

Digamos, por ahora, que en el estado actual de nuestra educación el maestro, más que «e-ducare», que tiene el sentido etimológico de «sacar algo de dentro hacia afuera», parece más bien estar empantanado en la tarea enciclopédica del «in-ducare», tratando de transmitir datos para que «entren» en el alumno. De todos modos, es una tarea noble colaborar con los maestros. Quien tenga aptitudes, y tiempo suficiente, que lo haga. Pero, desde ya, debo aclarar que no es en este sentido, que creo, si no me equivoco, que debemos entender la tarea educacional de los padres y, menos aún que sea así, que debemos comprender lo que es la transmisión de la cultura. Entendámonos bien, me parece loable que se ayude a los pequeños, colaborando con ellos, enseñándoles a leer, a practicar el incomprensible «busco, recorto y pego», a comprender cuántas clases de ángulos o de triángulos existen; cuáles son las plantas fanerógamas o las criptógamas; cuáles son los ríos que conforman la hidrografía de Europa o de América; o cuáles son las consecuencias de las guerras napoleónicas. Eso los ayudará a «instruirse», pero, con eso sólo, difícilmente se «educará» y, menos aún, podrá adquirir el hábito de la verdadera *cultura animi*.

«Educar» es algo distinto. Si la «instrucción», hace a los sistemas de aprendizaje y, a la acumulación de datos, la «educación», hace a la «formación» o, mejor aún, a la «conformación» del espíritu de nuestros hijos.

Ese es el sentido que tenía la *paideia* griega, que en cierta forma queda comprendida en la *Bildung* alemana. Esta última

palabra se forma a partir de *Bild*, que significa *imagen*. El niño, que es nuestro hijo, es como una moldeable arcilla, a la cual hay que darle «imagen». De nosotros dependerá la «forma» que queramos dar a esa arcilla: *Educare*, como he señalado anteriormente, es «sacar de dentro hacia afuera». La arcilla, es decir, el niño, tiene sus virtualidades implícitas. Es como el estado de «potencia», para hablar en lenguaje aristotélico-tomista. Al «educar», convertimos las virtualidades implícitas en «acto». Por eso se dice que el «educar», es sacar afuera, lo que está adentro. Cuando un maestro tallista trabaja la madera, o un escultor trabaja la piedra o el mármol, en realidad no le agrega nada, ni a la madera, ni a la piedra, ni al mármol. Lo que hace, es ir sacando todo el material sobrante que está escondiendo la «imagen». Una vez que se abre camino expurgando la cobertura exterior, lo que queda es lo que estaba en principio escondido y ahora surge resplandeciente en la «imagen». De ahí la tremenda responsabilidad de la educación correcta. Por eso no la podemos dejar al acaso. Ni la arcilla, ni la madera, ni la piedra, ni el mármol, por sí solos, forman «imagen», ni «modelan» nada. Necesitan del alfarero, del tallista, del escultor.

Seamos, pues, los artistas de la «educación» de nuestros hijos. No lo dejemos en el estado de materia prima. Extraigamos de ellos la «imagen» que está aún oculta y que tiene que ver la luz. Si no somos nosotros los que descubrimos la forma del espíritu de nuestros hijos, habrá otros que lo hagan por nosotros. Y, entonces, nos podremos lamentar de la «imagen» que extraigan esos otros alfareros, tallistas o escultores.

4. Pero, aun aclarada esta cuestión, la pregunta primigenia queda en pie: «Y esto, ¿cómo se hace?».

Para que exista «educación familiar», y para que la familia sea «transmisora de cultura», es necesario, primero, que exista la familia como tal. No me estoy refiriendo aquí a una exigencia formal, de tipo jurídico. Lo formal de la familia es lo que puede resultar de su apariencia exterior. Así, lo que surja del Acta de Matrimonio y de las respectivas actas de nacimiento, por medio

las cuales podemos probar que, efectivamente son hijos nuestros; y, más aún, si así lo quieren, del certificado administrativo policial, de que todos habitamos en un mismo domicilio. Pero esto sería la cáscara exterior de la familia. Lo que nos interesa es su contenido. No la forma, sino la substancia. Estas diversas personas podrán vivir juntas, pero sin ser esencialmente familia. Podríamos decir de ellas lo que Calderón decía de Madrid, en una de sus comedias, tal como lo aplicaba el mismo Ortega y Gasset: «Está una pared aquí de la otra más distantes que Valladolid de Gante». Estar juntos espiritualmente, no es lo mismo que estar cerca, espacialmente.

Así, puedo tener varios troncos más o menos cerca, pero, para lograr un «conjunto», es necesario que estén dispuestos de manera especial, conformando un «todo organizado». De lo contrario, si cada uno funciona por separado, no podremos nunca obtener el fuego.

Si hacemos referencia a este ejemplo de los troncos y del fuego, no es por acaso. El «fuego», en todas las sociedades tradicionales, es algo que hace el sentido de la «familia». Por eso es que el ámbito de la «familia», es el «hogar». El origen de este vocablo es netamente latino. La familia romana se conformaba en torno al «focus», es decir, el «hogar». En el «focus» estaba encendido, día y noche, «ignis», es decir, el «fuego». De manera ritual lo iniciaba el «paterfamilias», al comienzo de cada año. Su deber era vigilar, tomando las debidas precauciones para que permaneciese encendido todo el día. Durante la noche se lo mantenía como rescoldo y, a la mañana siguiente se lo reavivaba. Este «fuego» no era aquel, puramente material, que servía para cocinar los alimentos y para dar calor a la casa. También tenía otro sentido. Este otro aspecto era «sacro». Representaba el vínculo de la «pietas», que permitía honrar a los dioses Manes, es decir, a los antepasados, así como reverenciar a los «numina» que protegían la casa, es decir, los dioses Lares y los Penates.

Es curioso el simbolismo del fuego. Es lo inorgánico que se consume. Lo inorgánico de los leños, es lo que carece de «vida».

Pero, en ese consumirse por el fuego, hay «vida». Por eso, nos es lícito hablar de «avivar» el fuego. De lo inerte, brilla la vida. Las lenguas de fuego que se enraizan en los troncos, tienen una vida propia. Dialogan entre sí y, en el chisporroteo, proporcionan en la conversación recíproca que se establece, luz y calor. Por ello, la familia romana era también una pequeña «Iglesia Doméstica». Sus miembros están «con-gregados» en torno a la fuerza vivificante del fuego. Tanto el «paterfamilias», como la mujer, los hijos y los esclavos, que eran estos últimos, el personal de la casa, participaban de los «sacra privata», cuyos ritos se realizan en torno al fuego, al «focus», es decir, el «hogar». En la lumbre brillaba el vínculo sacro de la «re-ligio». Si a este vocablo lo tomamos de «re-ligare», nos asegura, en tal acepción, la comprensión de la «re-unió», no sólo de los «vivientes» de la familia de «hoy», sino también de los antepasados, que son la familia del «ayer», no visible, pero vigentes, evocados en las lenguas del fuego. Y todo ello se transmite como deber de «pietas», a los hijos, es decir, la familia del «mañana». Por eso la familia romana es como una lanzadera que traza su trama en la rueda del tiempo, comprendido éste en forma continua: el «ayer», el «hoy», y el «mañana», convocados por el fuego del «focus».

De aquí arranca el sentido de «familia» como «hogar», que se transmitirá con inusitado vigor de la familia tradicional cristiana. Los miembros de una familia son como los troncos cuya máxima aspiración es «con-gregarse», para arder en forma continua y conjunta. Los dos troncos pilares son el padre y la madre. Ellos son los que han tomado la «idea» de formar una «familia», es decir, de encender el «hogar». Al unirse en matrimonio, han resuelto apoyarse el uno en el otro, para «arder» juntos, uniéndose en cuerpo, alma y espíritu, en forma perenne, «hasta la muerte», el uno respecto del otro. De su comunicación amorosa ha surgido el fuego fundante. No es un fuego cualquiera, sino que aspira a mantenerse en el tiempo. Por ello, su destino es la incandescencia.

El fuego es como el amor, siendo el uno el «symbolion» del otro. Este «fuego del amor» es un «bien» y, por ello, difusivo

por naturaleza. De ese fuego primigenio es del que surgen los hijos. Estos se agregan, como pequeños troncos, que ya desde su nacimiento participan de la incandescencia del amor que se tienen los padres. Establecido así, tenemos el «hogar». Una familia bien constituida es, en sí misma, un «hogar». Lo de «bien constituida» hace a que los troncos tienen su propia fortaleza y substantividad y que, además, están dispuestos «en buena forma», apoyándose, los unos en los otros, de acuerdo a una cierta jerarquía, en la cual se sienten más respaldados y menos aislados. La jerarquía, en el «hogar», no es un mero concepto «autoritario», sino que hace al correcto orden de disposición de los troncos, de tal modo, que cada uno ocupa el lugar que le corresponde. Y, de ese orden, cada uno —es decir, no solamente los padres—, obtiene el máximo de beneficios y de seguridad. Al estar los troncos bien dispuestos, el «fuego» que se obtenga, no tiene ocaso, sino que, por el esfuerzo mutuo, compartido, lejos de decaer, se mantiene y se acrecienta. Es el fuego lento, pero persistente, que congrega y que aúna. Cada uno de los troncos es, pues, constitutivo del «fuego» y, al mismo tiempo, participa de la luz y del calor. La «luz», ilumina; el «calor», vivifica.

5. Lo principal es la «unión congregativa» de los troncos. Como lo dice la propia palabra, lo que se «congrega», es la «grey». Por ello entendemos lo de «Iglesia Doméstica». El «fuego» del «amor» que congrega, no es el «fuego material», sino aquel que sustenta los espíritus. También al «fuego material» lo denominamos «hogar». En las noches invernales, la familia suele reunirse en torno a dicho «hogar». Cuando nos reunimos, tendemos a formar la figura de un «círculo». Los antiguos establecían que el «círculo» era imagen de la perfección. Y, aquí, es apropiada. Para poder congregarse en torno del calor, es la forma más adecuada, puesto que es aquella en la cual todos participamos y todos gozamos de la luz y del calor del fuego.

También nos reunimos en círculo alrededor de la mesa. Generalmente lo hacemos en el acto de la comida. Es indudable que el «comer», hace a nuestras necesidades más primarias. Por

ello es un acto grato y placentero. Pero, «comer en familia», es algo más que ingerir alimentos. Casi me atrevería a decir, que en la verdadera mesa familiar, el comer, que aparece en primer lugar como la necesidad primigenia que tenemos todos, pasa luego, en cierto sentido, insensiblemente, a un segundo lugar. La «mesa familiar» no es un «comedor». Por eso es que bendecimos la mesa. No solamente damos gracias por los alimentos que vamos a recibir, sino también, por la mesa. Por el poder estar «congregados». Están los platos y los cubiertos, las comidas y las bebidas. Pero, prontamente advertimos que estamos «congregados» y, de una manera natural surge la conversación. Decir «conversación» significa también un «hablar en forma conjunta». Es horrible, por ello, el mero imaginarse una familia comiendo en silencio. En cambio, es natural el «conversar». Con el «decir» de uno, surge el «hablar» del otro y, también el de los demás. No es solamente lo que cálidamente nos decimos, sino la presencia de un fuego incipiente en cuyo ámbito todos participamos.

En cierto modo, se repite el «círculo del hogar». Cuando nos reunimos junto a la mesa, es como si reaviváramos con nuestras lenguas la lumbre de un fuego que ya existe. Lo placentero de los alimentos se combina ahora con lo agradable de la plática. Pero ahora, lo que toma la delantera es esto último. Es el tiempo de la palabra y de la comunicación. Lo propio de la palabra —al igual de lo que ocurre con el fuego—, es el propagarse. No es necesario que el tema que se aborde sea un problema intelectual al que se pretende encontrar solución. Es suficiente que sea lo que interesa. Si interesa algo en la «congregación de la mesa», es porque ello «concierna» a todos los que participan. Alguien dá pie y se enciende la yesca. Dice algo y obtiene una respuesta que complementa. Interviene un tercero y, un cuarto que también quiere participar. Hay un solo «fuego», que es el de la «palabra», alimentado por las individualidades de todas las lenguas que la nutren. La palabra va estableciendo sus «reales» en esa «res» que es la «mesa». Seguimos apreciando el sabor de los alimentos; es decir, no es que dejemos de comer, pero, ahora,

la «mesa» se ha encendido y se ha convertido en el «ámbito de la palabra». La palabra es el fuego congregante. O, dicho en otros términos, es el «ámbito del hogar». Todos estamos «concernidos», o, lo que sería lo mismo, todos estamos «comunicados». En la palabra que se conversa, está el que habla y están los que escuchan. Pero todos participan.

6. Por ello, si hablamos de «educación» y, de «transmisión de la cultura», previamente debe existir el «hogar». Cuando esto se logra, arde el fuego que congrega. He puesto el ejemplo de la mesa para denotar la idea del círculo. Allí, el calor de los alimentos es el soporte para lograr la vigencia de la calidez del diálogo conjunto. Pero, este lugar no es el único. Hay también otros. La vivencia del «círculo» la podemos lograr en el «living», junto al fuego material del «hogar». O, en la tarde serena, en el jardín. O en el dormitorio, donde en torno a la insubstancial y anodina cama, también podemos armar el «fuego de la palabra». Lo importante es descubrir el «lugar» que nos dé la «ocasión». Entonces se da la substancia, a partir de la cual se puede dar la «educación» y la «transmisión de la cultura».

No se trata de plantear una tesis original, ni de presentar una «quaestio disputata», al estilo universitario medioeval. Pero tampoco se trata del fuego insulso de las cuestiones vanas. Esto último es lo que Heidegger plantea como una de las formas de la existencia «inauténtica». Es lo que denominó «das Gerede», que podríamos traducir como «la palabrería» o «la charlatanería». No es a este hablar al que nos venimos refiriendo. Sería un decaimiento de la palabra, donde reina la conversación anodina y sin base, consistente en repetir lo que se habla. Pero, entre el nivel de la honda inteligencia y el intrascendente parloteo, está el «reino de las cosas». Por tal, cabe entender a las «reales» que son las únicas capaces de ser denominadas «res», es decir, «cosas». Puede ser un acontecimiento. Lo ocurrido al padre en la oficina, o a la madre en su trabajo, o al hijo en el colegio, o a la pequeñina en la escuela. Todas estas situaciones pueden ser la «ocasión» de plantear las «pequeñas grandes cosas». Son éstas

y, no las otras, las puramente artificiales, las que pueden aportar la «sal de la vida». Es en el «hogar», donde las hablamos. Y, a partir de su mención, el fuego de la palabra irá trazando las pequeñas lenguas de fuego que podrán invadir el ámbito familiar. Si se trata de un acontecimiento, al incorporarse a la grey familiar, deja de ser personal o individual. A partir de ahora, concierne a todos. El «fuego familiar» lo arrebató y, en cierto modo, lo expropia, para hacerlo propio de la comunidad familiar toda.

7. Y, es allí, padres, donde está señalado vuestro lugar. Esos son los momentos oportunos que no debéis desperdiciar. Sois los organizadores del hogar, los directores del fuego de la palabra. Así como se debe custodiar el fuego material, para que permanezca encendido y no decaiga, disponiendo que los troncos estén en la posición adecuada, así, también debéis atender el cuidado del «fuego del hogar». Para ello es que sois padres. De vosotros depende la «Iglesia Doméstica». Es en esos momentos que podréis lograr que el interés no se amengüe, sino que se acreciente. Que, de una manera absolutamente natural, todos hablen y se expresen. Cuando el fuego está encendido, puesto que se ha encontrado la «cosa que nos concierne», basta con que la mantengais. Agregad el dicho oportuno, la frase aclaratoria, la palabra elegante e, incluso, el chiste ocasional. Y, sobre todo, escuchad. Escuchad a vuestros hijos. Veréis prontamente que lo que ellos dicen, no son sino, las mismas lenguas de fuego que vosotros alimentasteis.

Transmitidles lo experiencial. En eso sois verdaderamente ricos. Contadles de vuestras vidas, de vuestros hechos. De aquello que os alegró, una clara tarde de verano, o también, de la pena que oprimió vuestro pecho en una oscura noche de invierno. Todo cuenta. ¿Lo descubríis ahora? Lo que estáis haciendo es posible. Es transmitir vuestra propia vida. Ya al uniros en amoroso abrazo, habéis gestado a vuestros hijos. Ahora, se trata de ir alimentando el campo ávido de sus espíritus. Ellos os escuchan. Más aún, os puedo asegurar que están expectantes de

escucharos. Narradles, cómo, de mil formas distintas, habéis establecido en vuestras existencias una «alianza con la vida». Si podéis, a partir de ello, sacar conclusiones más generales, consejos más asertivos, e incluso, encontrar entronques más espirituales, mejor será. Siempre debemos darles lo mejor de nosotros mismos.

Pero, si esto último no fuera posible, no os preocupéis. Lo intrínseco del cristianismo es que, antropológicamente, es el hombre del «corazón abierto». No lo mantengáis cerrado. Habladles de esas «pequeñas grandes cosas». Enseñadles, a partir de ellas. Tú, padre, cuéntale, por ejemplo, cómo, en aquella oportunidad, siendo aún pequeño, luego de un partido de fútbol, agotado sobre el césped, intuiste lo infinito, cuando dirigiste la mirada hacia el inmenso espacio azul. Y tú, madre, nárrale lo que experimentaste aquella noche estrellada, tan especial y tan transfigurada, cuando intuiste la armonía silenciosa de las esferas celestes. Pero, también vuestras travesuras, las que cometisteis cuando tenáis su misma edad. Que nada de lo humano le pueda resultar ajeno, como lo dice el célebre paso de Terencio.

Y, sobre todo, transmitidle vuestro amor por las cosas. Las simples. Contemplad con ellos el atardecer encantado, la admiración por árbol coposo y longilíneo, que cuanto más hunde sus raíces en la tierra, más sus ramas apuntan anhelantes al azul celeste. Habladles del vuelo de los pájaros, que como seres alados, unen, en el éter, el cielo con la tierra. Hacedles apreciar el aroma indecible de un ramo de rosas; lo imponente de la montaña, que se eleva como eje del mundo: el sabor concentrado de la tierra, en una roja manzana. Y, también, la suavidad nostálgica de una melodía de Schubert, o, la armonía cósmica de un cuarteto de Mozart.

Todo cuenta. Porque, en la experiencia compartida, casi sin quererlo, y hasta sin pensarlo, estáis transmitiendo vuestra cosmovisión, vuestra manera de ver el mundo, las cosas y, por su intermedio, a Dios. Y, sobre todo, vuestra «influencia espiritual», aquella que habéis adquirido de vuestros padres y llevasteis vosotros mismos a la práctica cuando celebrasteis la «alianza con

la vida». Hacedles ver, cómo, a partir de vuestro propio quehacer, por más humilde que sea, habéis aprendido a «co-operar» con Dios. Cómo, a partir de vuestra propia labor, habéis descubierto la forma de cantar la gloria de Dios. Cómo, a partir de cada actividad, se sea juez, ingeniero, empleado, maestro, profesor, agricultor, albañil o, mero trabajador, toda labor es capaz de engendrar el «trabajo bueno». Este, es aquel que va acompañado del esfuerzo agotador, pero, que es el único capaz de superar todas las dificultades de la vida, como lo decía el viejo Virgilio: *Labor improbus omnia vincit*. Aquel «trabajo bueno» que os perfeccionó como persona, os permitió abriros caritativamente a los demás y, mediante el cual realizasteis el *opus alchimicus*, del *laborare est orare*. Porque, para el verdadero cristiano, el cumplimiento de la labor a realizar nos permite, de algún modo, lograr «mantener el orden de la Creación», y ello lo adquirimos cuando, como dice el libro del Eclesiástico (38, 38-9): «la oración se confunda con el trabajo de las manos».

8. Cierto es, sin embargo, que no siempre podemos lograrlo. Los momentos no son siempre los oportunos. El tiránico horario de la ciudad de cemento parece privarnos, muchas veces, de las ocasiones oportunas. Pero, por otra parte, también debemos tomar conciencia de que el «momento oportuno» es fugitivo. Pasa ante nosotros, se nos presenta y, si no lo aprovechamos, huye. Como decía Cicerón, «es el destello de lámpara que se oscurece y empalidece ante el resplandor del sol, lo mismo que una gota de miel que se pierde en la extensión del Mar Egeo o, una moneda en las riquezas de Cresos o, un paso sobre la ruta que conduce, de aquí a la India» (*De finib.* III, XIV, 45); por eso, por lo fugitivo, no debemos perderlo. Y, en lo posible, tratar de encontrarlo antes que esperar que pase ante nosotros. ¡Qué bueno, que por lo menos un par de veces a la semana hallemos la oportunidad! Busquemos con un poco de imaginación y un poco de desmedida ilusión, esos «momentos». No me digáis que no existen. Que estáis demasiado ocupados. Que ahora debéis hacer esto, o lo otro. Proponednos hallarlos, pues, «quien busca, encuentra».

Hay, pues, que saber alinear los troncos, luego encender el fuego y, alimentarlo. Todo sirve para ello. ¡Pero, qué alegría, cuando, como padres lo hemos logrado! Toda la familia «re-unida», «re-ligada», no sólo material, sino también espiritualmente. Ese es el camino para construir y mantener la «Iglesia Doméstica». Nosotros, padres, somos los sacerdotes. Vosotros mismos os alegraréis, sintiéndoos, realmente, como cumpliendo, no solamente vuestro papel de progenitores por el mero hecho de haberlos procreado, sino, además, por haber ido modelando el espíritu de vuestros hijos.

Cuando ello se produce, Dios mismo está presente entre vosotros. Regresemos al «fuego». Cuando hemos dispuesto correctamente los troncos y éstos están encendidos, se buscan entre sí, en amorosas lenguas, los unos a los otros. Podemos observar, entonces, cuando el «fuego» alcanza una cierta estabilidad, cómo en el centro mismo de ese «fuego», se forma una especie de «vacío», que es como el «corazón» del «fuego». Se ha logrado el mismo, a partir de la ignición de los troncos. Pero, ese «corazón» —el punto central del fuego—, no es un tronco; sino, «fuego» puro. Invisible, lo descubrimos solamente por el contorno que lo abarca. Este «vacío» sólo se logra cuando el fuego, por la disposición de los troncos, alcanza una intensidad adecuada. Nos atreveríamos a decir que ese «vacío», que es una «nada» de troncos, pese a todo, «es» y «existe». Es el «Fuego mismo», que allí está presente. Simbólicamente, obrando por analogía, es la presenica misma de Dios en la vida del «hogar». En principio, estaba «absconditus», pero, así como en la intensidad del fuego de los troncos, ahora lo podéis intuir, así también Dios mismo, «Focus Amoris», en toda su intensidad se intuye, no ya como «Deus absconditus», sino, presente y vigente, cuando el «hogar» ha alcanzado la intensidad del «fuego del amor».

Siendo así, podemos entender por qué un autor como Gabriel Marcel, al referirse a la familia, no encuentra mejor expresión que hablar del «misterio de la familia». Esto lo entendemos nosotros como el misterio del «círculo del hogar». Padre y madre, hijos e hijas, son los que sostienen el juego misterioso

de este «círculo de fuego amoroso», que gira perennemente a través de todas las circunstancias de la vida cotidiana sobre sí mismo. Y, en ese girar, está la propia «vida». Tanto la vida de cada uno de los integrantes, que carece de sentido, considerada en sí misma, puesto que, cada uno aparece implicado en la existencia de los otros. El «misterio familiar» es el «misterio de la Iglesia Doméstica», donde jugamos el «juego del amor», en su sentido más espiritual y más prístino.

Ese «misterio», es el continuo girar de cada uno de los miembros, operando la fuerza de su «amor» en los restantes participantes de la «familia». Es el «misterio» de los «corazones abiertos», vertidos, cada uno de ellos, respecto de cada uno de los otros. La mayor riqueza no consiste en recibir, sino, en dar. Y, eso lo comprobamos en el «misterio familiar», donde, el «dar» de cada uno, es algo así como el tesoro que descubrimos a los otros. Pero, por efectos de la propia figura del «círculo», ese «dar» es, coetáneamente, un continuo «recibir» el tesoro espiritual, liberado de la individualidad de los demás miembros. Si comprendemos algo de este «misterio familiar», no nos puede causar ninguna extrañeza, que en el momento de intensidad del «juego del amor familiar», Dios mismo se hace presente, incorporado, efectivamente, al «círculo del fuego amoroso».

El concepto de la «educación» y de la «transmisión de la cultura», en la familia, se entiende, por ello, de manera directa y vívida. En la pequeña «Iglesia Doméstica» todo se transmite. A partir de las vivencias de las «cosas simples», transmitimos con la fuerza cordial y entrañable de nosotros mismos, nuestra «influencia espiritual», que nutre al que da, y enriquece a los que la reciben.

9. Lo que hemos dicho funciona en tanto y en cuanto que la familia sea, esencialmente, el «círculo amoroso del hogar». Cuando ello sucede, los llamados «problemas de la familia» aparecen como tópicos extraños. Si configuramos la familia en positivo y, tendemos a lograr la cohesión espiritual de la familia, en el ámbito del «fuego del hogar», carece de sentido hablar de

divorcio, de conflictos paterno-filiales, de hijos que se evaden en el sueño expectante de la droga y, menos aún, de problemas, como el del aborto, que aparece directamente como un crimen, que tal lo es.

En cambio, toda esa problemática aparece cuando la familia no es concebida como «hogar». El «círculo» se rompe y los troncos se desparraman. Surgen entonces las individualidades, como antes, separados y distintos. Cada uno con sus intereses propios, con sus apetencias particulares, con sus proyectos subjetivos. No hay comunicación entre el «yo» y el «tú»; sino a nivel puramente tangencial y material. El «amor» del «congregamiento» está, ahora, suplantado por el «egoísmo» del padre, de la madre y de los hijos. La regla de la vida no es la «unión» en el «círculo del hogar», sino, el «vivir cada cual su propia vida».

Obviamente que en este cuadro no se puede dar ninguna experiencia educativa familiar. Tan sólo a nivel individual, podrá, quizás, existir un diálogo aislado, entre algún padre y algún hijo. Pero eso, ya no es familia. La «educación», como suele decirse, «no se mama en el propio hogar», por cuanto éste no existe. Como lo indica Gabriel Marcel, los padres egoístas, es decir, aquellos que no se preocupan por la construcción de la «Iglesia Doméstica» son, según él, «los grandes aventureros del mundo actual». Se han preocupado, no de engendrar «hijos», sino, de dar a luz una «camada». La luz y el brillo interiores del anillo, no existen. Dios, si estuvo vigente en el acto sacramental, se torna «absconditus». Dentro del frío glacial que reina en el egoísmo más puro y desenfrenado, todo queda librado al acaso y, a la suerte de un destino que marcha a la deriva.

Se me podría decir: Y, ¿cómo vivir, cómo educar y cómo transmitir cultura a los hijos, en un mundo que, lamentablemente, prefiere la anarquía y que reniega del «fuego del hogar»? Pienso, que la solución debe ser mantenernos, más que nunca, unidos en el «círculo de la familia». Y transmitir, con nuestro «corazón abierto», nuestra «alianza con la vida» a nuestros hijos. ¿Condenándolos a vivir en una campana de cristal? De ningún modo. La experiencia del mundo actual exige la permanencia

bien nítida de las vivencias reales. Para el cristiano de estos tiempos de indigencia que nos toca vivir, educar a los hijos no significa excluirlos de la sociedad. Sí, en cambio, «formarlos». Y, con ello, ayudarles a comprender que deben vivir en este mundo tal cual es. El remedio es vacunarlos. Que vivan sin contaminarse. Inmunizarlos respecto de los males que han afectado a otros. Para que, siendo cristianos, puedan vivir el «misterio familiar», aun cuando para otros, todo se derrumbe en las «ker-meses de la vida», con sus juegos ilusorios, que no son sino un remedo de felicidad.

10. Para concluir, recordemos la cita de Su Santidad Juan Pablo II, que dimos al comienzo: «Digo a todos los esposos y padres, jóvenes y mayores: Daos la mano, como hicisteis el día de vuestra boda». Al daros las manos, siguiendo la costumbre tradicional, vosotros, esposos, os habéis dado recíprocamente, como señal juramentada, los anillos de oro que lucís en vuestro dedo anular, que es el dedo del «corazón». Ese anillo de oro tiene un altísimo valor simbólico. La redondez perfecta del anillo es lo más representativo, en el plano sensible, del amor infinito que ambos esposos se juran. El que sea de oro, el metal inalterable, nos está denotando lo permanente de la promesa mutua. Pero, al tener hijos, es como si el anillo mismo se hubiera tornado grávido. Y, es como si se ampliara en su dimensión, para comprender también a los frutos de ese amor que os jurasteis. Con la prolongación amorosa de la descendencia, los límites se han dilatado, abarcando también a los hijos, como consecuencia natural y comprensiva de ese mismo amor.

Ese anillo que lucís, es también, en cierto modo, como lo acabamos de decir, el símbolo más adecuado del «círculo de amor del hogar». Cuando tengáis un rato de ocio, miradlo. Es, en forma abreviada, vuestro propio hogar. Cuando lo juguéis en vuestro dedo, pensad que así es el juego de ese «círculo de amor» que hemos descrito. Tu cónyuge y tus hijos, así como tú, también estáis comprendidos en ese juego. Y, cuando gira en el «juego del amor», por la intensidad del «fuego» del «hogar», allí tam-

bién está Dios, no como «absconditus», sino, como presente y vigente. Allí están representados, más que vuestros «derechos», vuestros «deberes». El ámbito que se forma en el interior, es el reino de la «pietas» familiar, como decían los romanos, hablando de la familia, donde todos estamos concernidos, los unos respecto de los otros.

Los hijos, de ser así, recibirán toda la «educación» y, todas las vivencias, para que puedan ejercitar su «cultura animi». Bajo vuestra guía, podrán desarrollar todas sus virtualidades. Formad de ellos la imagen más adecuada que podáis, pues, todo padre es un verdadero artista tallador del espíritu de su hijo. Descubridle el tesoro oculto que hay en su corazón. Ese tesoro es el tesoro que yacía escondido en el campo, según dice Nuestro Señor en la parábola (Mateo, 13,44).

Cuando sean grandes y separen su tronco del hogar para ir a formar uno nuevo, veréis que son portadores de un fuego incandescente. Y sentiréis la alegría de comprobar que, ese «fuego» no es sino el mismo que vosotros le habéis comunicado. Y no os preocupéis. También en la incandescencia de ese «fuego», estará Dios. Si habéis cumplido vuestra tarea espiritual de «educadores», están bajo buen cobijo, pues llevan el «fuego» en el «corazón». El frío glacial que puede sorprenderlos en la ciudad de cemento, no los afectará.